

(Toma de la Bastilla.)

LA BASTILLA.

Fortaleza que defendía la entrada de París por el barrio de San Antonio.

En la edad media se daba el nombre de *basilla* ó *bastilla* á las puertas fortificadas y á las fortificaciones pasajeras elevadas fuera de las murallas de una plaza para el ataque ó para la defensa.

La primera puerta fortificada fué elevada por Estéban Marcel, preboste de los mercaderes, en el sitio que hemos indicado: estaba defendida por los lados por una *basilla* ó pequeño torreón de escasa importancia.

Carlos V, que habitaba el palacio de San Pablo, poco distante de esta puerta, deseando preservar su morada de un ataque súbito, mandó que las fortificaciones existentes se construyesen de nuevo bajo un plan mas vasto. Rogo Aubriot, preboste de París, puso su primera piedra el 22 de abril de 1370. Concluidas estas obras en 1382, y habitado el palacio por el rey, se encontró en un estado de defensa respetable. Tal es el origen de la Bastilla.

Esta fortaleza no tuvo en un principio mas que dos torres, la del Tesoro y la de la Capilla, ambas aisladas, y cada una de las cuales defendía uno de los lados del camino que conducía á París. Pronto se elevaron otras dos detrás de estas, que se denominaron después de la *Bertaudière* y de la *Libertad*. Había que pasar por estas cuatro torres para entrar en París. En 1385, Carlos VI hizo levantar otras cuatro, que fueron reunidas por murallas de ocho pies de espesor.

Otras nuevas fortificaciones elevadas en 1335 por Enrique II, se terminaban en 1339. Estas últimas obras consistían en una cortina defendida por torreones rodeados de fosos anchos y profundos.

Al mismo tiempo que se hacían algunos reparos indispensables en 1354, se añadían otras fortificaciones al castillo, cuyas dependencias se ensanchaban también. En el reinado de Luis XV se construyeron allí muchos edificios para habitación del personal del estado mayor del gobernador.

Esta inmensa fortaleza presentaba un paralelogramo desfigurado por los dos torres del medio, que formaban un *seinez*. Se entraba en

ella por una puerta que daba á la calle de San Antonio. Las ocho torres almenadas de que estaba guarnecida se encontraban colocadas:

Por la parte de la ciudad:

- 1.º La del *Pozo*, que tomaba su nombre de un pozo inmediato, destinado al servicio de las cocinas.
- 2.º La de la *Libertad*, cuya etimología se ignora.
- 3.º La de la *Bertaudière*, del nombre de un prisionero que en ella estuvo encerrado.
- 4.º La de la *Bazinère*, porque Mr. de la Bazinière estuvo mucho tiempo detenido en ella.

Por la parte de afuera:

- 1.º La del *Nineon*, llamada así porque formaba el ángulo del edificio por el lado del campo.
- 2.º La de la *Capilla*, á causa de su proximidad á la capilla, que se encontraba bajo la bóveda de la antigua puerta de la ciudad.
- 3.º La del *Tesoro*, que tomó este nombre desde que Enrique IV hizo depositar en ella el tesoro de la corona, bajo la custodia del duque de Sully.
- 4.º La del *Condado*, así denominada por haber sido decapitado en ella el conde de Saint-Pol.

Cada torre, hecha para recibir cañones, estaba dividida en cinco pisos.

Entre los acontecimientos mas notables de que ha sido teatro la Bastilla, se pueden citar los siguientes:

En el mes de agosto de 1418, los Armagnacs se habían refugiado en ella, y fueron sitiados por los Bourguignons, que la ganaron después de bastante resistencia. Los prisioneros fueron asesinados por el pueblo, al tiempo de conducirse al Grand-Châtelet.

Quando el 3 de abril de 1436 Carlos VII les ganó de nuevo á los ingleses la ciudad de París, todos los enemigos que se encontraban en esta se refugiaron en la Bastilla. Estaban decididos á defenderse vigorosamente, pero eran tan numerosos que al momento agotaron sus provisiones y se vieron obligados á capitular, retirándose mediante un gran rescate.

Atacada por los frondistas el 4 de enero de 1649, capituló el 15 del mismo mes después de haber sufrido cinco ó seis cañonazos. La guarnición se componía de veinte y dos defensores, todos soldados inválidos.

Se sabe que cuando el famoso combate de la puerta de San Antonio entre Condé y Turenna, el ejército del príncipe debió su salvación al cañón de la Bastilla que protegió su retirada á París.

En fin, la Bastilla fué sitiada por última vez el 14 de julio de 1789. Entonces fué el pueblo de la capital quien se encargó de hacerla capitular después de cuatro horas de combate. La antigua fortaleza fué demolida, y parte de los materiales que se sacaron de ella, sirvieron para la construcción del puente de la Concordia.

La Bastilla tenía también sus calabozos húmedos y oscuros, sus mazmorras donde se dejaban morir de frío y de hambre muchos presos. Se destruyeron en los meses de mayo y junio de 1790, cuando la demolición de esta fortaleza, esqueletos humanos encadenados que fueron trasportados al cementerio de la parroquia de San Pablo.

La Bastilla, cuyas fortificaciones habían sido considerablemente aumentadas con objeto de poner á París al abrigo de un golpe de mano por parte de los Burgognons y de los Ingleses, cambió de destino cuando cesaron los temores de la invasión, y se convirtió en prisión de Estado.

Se cuentan entre las principales víctimas que en ella fueron encerradas:

El condestable de Saint-Pol, acusado del crimen de lesa majestad, que entró en ella el 27 de noviembre de 1775, y en ella fué decapitado el 19 de diciembre siguiente.

Jacobo de Armagnac, duque de Nemours y conde de la Marche, decapitado en la plaza del Mercado el 4 de agosto de 1477 por crimen de alta traición.

En 1689, el parlamento fué conducido á ella arbitrariamente por Buss-Leclere, adicto al duque de Guisa, este temible jefe de la Liga.

El mariscal duque de Byron, que fué degollado en ella el 31 de julio de 1603.

El mariscal de Bassompierre, víctima del odio del cardenal de Richelieu, en 1631. Salió de ella á la muerte del célebre ministro. Cuando se presentó á la corte poco tiempo después, Luis XIII le acogió favorablemente y le preguntó qué edad tenía. El mariscal, que contaba entonces sesenta años, le contestó que solo tenía cincuenta, y habiendo sorprendido al monarca esta respuesta: «Señor, le dije el hábil cortisano, yo suprimo diez años pasados en la Bastilla, porque no los he empleado en el servicio de V. M.»

El superintendente general de hacienda Nicolás Fouquet, acusado de haber percibido derechos injustos, fué encerrado en esta prisión en 1665.

El Mascaré de Biervo entró en ella el 18 de setiembre de 1698.

Voltaire el 17 de mayo de 1717, por haber publicado versos contra el regente y la duquesa de Berry (1).

El teniente general Lally-Tolendal en 1763, como acusado de haber perdido por su impericia los establecimientos franceses en la India.

El abogado Linguet entró en ella algunos años antes de la revolución de 1789. Ocupábase en escribir unas memorias contra el gobierno, cuando un día vió entrar en su calabozo un hombre de sospechosa estatura: «¿Por qué vasis á distraerme?» le dijo con acento de cólera. «Caballero, soy el Barbero de la Bastilla.» «Eso es obra nusa» entonces hacódme el favor de afetarla.» Y Linguet volvió á ponerse á escribir.

O vola-fumeiro de la catedral de Santiago.

Tiene un santo Compostela,
Y el rey de los incensarios
Cue de nave y narigonda,
Victor Hugo.—Orizontales.

Si no lo lleva á mal el benévolo lector, vamos á colocarlo en medio de una espaciosa cúpula de ciento diez y seis pies de elevación, para seguir con la vista elevada al cielo, las violentas oscilaciones de un incensario colosal que rueda sobre las cabezas de la apiñada muchedumbre. Este incensario excede á las proporciones de una capilla, de una iglesia parroquial, de una abadía; necesita un templo de cincuenta y ocho grupos de columnas como la catedral de Santiago. Su rápida ascension evigie el arco bizantino; su templado descenso busca el pavimento de una iglesia de doscientos setenta y seis pies de estension.

Existe algo de misterico, de simbólico y de solemne en este espectáculo religioso. El pavor descompone en nuestra imaginacion sus líneas sombrías y serradoras, y de la sorpresa pasamos á estupor, y del estupor al recogimiento, como se llega á la oracion desde la desgracia, y al recordamiento desde la culpa.

(1) Voltaire, que esta vez salió de la Bastilla el 11 de abril de 1718, fué de nuevo encarcelado en ella el 28 de marzo de 1726, y salió el 29 de abril siguiente.

Evuquemos los detalles misteriosos, las armonías íntimas y las emociones melancólicas que comprende la verdadera fé, é interprete el poeta ó el observador. Al través de la impertinente curiosidad del vulgo, fijemos nuestra mirada investigadora en el mismo poema de la religion, como se descubre un paisaje de suave colorido detrás de la religion, como por la lluvia y resqueñado por el sol. Observemos esas líneas difusas y sus ves, esos rasgos imperceptibles, esos acentos apenas articulados de un templo, donde se agrupan los cirios, las dalmáticas, los devotos, las rampas de la torre y los órganos del coro. La vista se deslumbra y el oído se impacienta: de la admiracion al éxtasis no hay mas que un paso.

Son las nueve de una oscura y neblinosa mañana de invierno: la estacion de las festividades religiosas y de las veladas familiares. El invierno es la estacion del fervor. Se echa de ver una íntima relacion entre la naturaleza que se desnuda de sus galas y los templos que se revisten de sus ornamentos. Los sentimientos religiosos y morales se concentran. Es la estacion de *Noche Buena* y *Misericordias de Cenizas*. La declinacion de la tierra evoca el recuerdo de la humana fragilidad. La melancolía estiendo sus lángidas alas, humedecidas por los aguaceros de la tempestad. Orar en un templo, en cuyos cristales se estrellan las impetuosas corrientes de la lluvia que hierve en las junturas de las ventanas, equivale á celebrar la omnipotencia divina por medio de la oracion: es el fervor religioso en medio de la sublime intension del poder divino con la debilidad humana. Entonces una iglesia decorada ó una metrópoli santiosa, se asemeja á una catacumba ó á la capilla de un buque: se adivinan las tribulaciones del martirio ó del naufragio.

Volvamos empero á la mañana de invierno, en la cual la niebla estrecha la poblacion en un horizonte mas limitado que sus afueras. Las campanas de la catedral de Santiago pueblan el espacio de vagas y confusas armonías que el viento atrae y aparta como el eco del trueno en las vertientes de las montañas. El vendaval importuna en los pórticos del templo. La luz proyectada por las ojivas de la catedral es incierta y cenicienta como la del crepúsculo de la tarde. En la penumbra de las naves laterales se distinguen confusamente los devotos que pronuncian la oracion de los vivos al lado del sepulcro de los muertos. Los obispos, acostados en su lecho de granito, asisten á la festividad religiosa con sus mitras en la cabeza y sus báculos en la mano. En vano la árida cal de los estúpidos revocadores ha encharcado las sagradas vestiduras: el sepulcro explica mejor la muerte, que la cuna representa la vida. El sepulcro no se cambia, no se ensancha: la cuna se transforma, se prolonga. El sepulcro es una *frase*, entre tanto que la cuna es solo una *palabra*. Entre las rejas que separan el coro de la capilla mayor se apiñan las damas con el atavío voluntariamente sencillo que emplean las españolas en los templos, sin apercibirse de que las trenzas de su pelo, recogidas con desaliño, y las miradas suaves de sus ojos abrasados, han dado *Garcilaso* á la poesia y *Murillo* á la pintura. En derredor se reconocen algunos grupos de curiosos espaciados en revuelta confusion. En medio de la iglesia humea el *vola-fumeiro* (1) de la catedral, asegurado por una maroma que pudiera servir de cable en una embarcacion.

El origen de este colosal incensario se pierde en los remotos tiempos de la peregrinacion á la catedral de Santiago. Su fundacion ha sido compleja; la higiene se ha aprovechado de la liturgia. El pensamiento sacerdotal ha servido al pensamiento humanitario. Después del culto, comparsó la salud pública. El dogma habia colocado un sacerdote con el incensario delante del sepulcro del apóstol Santiago, como se reconoce en la *Historia compostellana* del siglo XII (2); el arte habia esculpido en el siglo IX, por una de esas *licencias históricas* del escápolo ó del cíncel, un ángel con el incensario en la mano sobre el árbol de la vida, en cuyo tronco se descubre la espiral aterradora de un sépid, como se reconoce en una de las puertas de la fachada de la *Platería*; la compasión, que era la higiene involuntaria de los hospitales y de las casas de reclusion, colocó un incensario colosal en el crucero de la iglesia para purificar el ambiente de la catedral, corrompido por las veladas de los romeros.

Del siglo IX al XV, los peregrinos eran recogidos bajo las galerías de la metrópoli. La iglesia servia de hospital. La caridad venia á buscarlos en el hospedaje de la religion. Esta remota costumbre se encuentra justificada por las siguientes cláusulas de dos documentos históricos. En la escritura de la cofradía de los caballeros cambiadores, año 837 de J. C., se encuentran estas palabras (3): *se das gavia ojeas (se refiere á las del cambio) de monedas se pagasen é de noye pusiessen cirios que*

(1) *Vola-fumeiro* equivale en dialecto gallego á *vela humo*, porfirada vulgar que describe la palabra *incensario*.

(2) Esta escultura, descrita en el obispo Teobaldo con su ángel y un ángel con su incensario de una sola cadena, en frente del sepulcro, con una pequeña cruz encima (el tronco del apóstol), se ha copiado en la misma reliquia de la *Historia compostellana*. (*Reliquia sagrada* del P. Flores.—Tom. XII.)

(3) *Moneta, Anales de Galicia*, tom. II, lib. VIII, cap. 511.

alomasen ante á Apostolo aos peregrinos. En el poder de los Reyes Católicos, al obispo D. Diego de Muros, para la fábrica del hospital de Santiago, año 1499 de J. C., se consigna (1) que «hay mucha necesidad de un Espial donde se recojan los pobres peregrinos é enfermos que allí vinieren en romería é por falta de tal edificio han perecido é perecen muchos pobres enfermos é peregrinos por los suelos de la dicha iglesia ó en otras partes».

De esta suerte, la catedral de Santiago servía de santuario religioso y hospital caritativo. Se buscó un medio de reparar las consecuencias de esta piadosa costumbre, y la religión ofreció las tradiciones de la liturgia, á las exigencias de la higiene pública. Hé aquí la fundación del *vota-fumero*: la religión y la higiene fundieron de mutuo acuerdo el colosal incensario de la metrópoli. El incensario alegórico del primitivo pórtico, pertenecía al artista: era una de estas *figuras retóricas* que el arte ó la poesía emplean en sus alegorías: el incensario religioso de la *Historia compostallana*, pertenecía al sacerdote: era una de esas tradiciones fervorosas del culto en un remoto simplicidad. El *vota-fumero* del siglo XIII pertenecía á la peregrinación: mas tarde volvió á ser el incensario religioso del siglo XII.

El hospital real recibió desde 1492 á los peregrinos que venían en romería á visitar el sepulcro del apóstol Santiago. Desde esta época no dormían bajo las bóvedas de la catedral ni recibían las nuevas vestiduras en cambio de los haraposos vestidos que dejaban en un pilón, á cuya cruz habían dado nombre (2). La tradición deshecho la cadena secular de sus revelaciones para olvidar el remoto origen del *vota-fumero*, y este pensamiento gigantesco, realizado en los apartados días de la peregrinación europea, ha llegado hasta nosotros como el nuncio de las más santuosas festividades de la catedral.

Hemos explicado el origen del colosal incensario de Santiago: resta ahora consignar sus gigantescas proporciones, describiendo á nuestros lectores los accesorios monumentales que corresponden á sus detalles. Mal se explicaría el rápido volteo de una campana mayor ó el movimiento acompasado de una péndula, sin explicar la torre ó medir la máquina. Nosotros también presentaremos á nuestros lectores las dimensiones de la cúpula de la iglesia, y describiremos la perspectiva que ofrecen las oscilaciones del *vota-fumero*, imitando de arcaico incienso las prolongadas galerías de una metrópoli.

La catedral de Santiago, dividida en seis naves, dos centrales de sesenta y cinco pies de elevación y treinta de ancho, y cuatro laterales de treinta pies de altura y quince de ancho, representa una cruz latina de doscientos setenta pies de longitud y doscientos cuatro de latitud. En la intersección del crucero con la nave mayor se levanta una cúpula octagonal, cuya fábrica ha tenido principio en 1384. Su elevación desde el pavimento á la clave es de ciento diez y seis pies, y su circunferencia alcanza á noventa y cuatro pies. Cincuenta y ocho grupos de columnas abren paso á las naves menores, en las que se encuentran veintitres capillas y una multitud de confesionarios con la advocación de los apóstoles, mártires y profetas, de manera que equivalen á una edición en madera del calendario romano.

Ocho prolongadas vidrieras decoran el cimborio de la iglesia, multiplicando los rayos solares en luminosas intersecciones que asemejan las tranquilas ráfagas de luz á toldos de telas metálicas colocados sobre el crucero de la catedral. El reflejo pálido y desfallecido de una mañana de invierno se cambia en purpúreo y candente reanimado por los rayos de oro y ocre pintados entre las chimbras doradas que se agrupan en la clave, en la cual la mano del artista ha colocado el ojo agudo de la providencia, ejecutado con la vigorosa entonación que crige el colorido cuando se ocupa de Dios y se presenta lejos de los hombres. Los arcos torales sostienen una torcada balustrada con cariátides doradas, que hace practicable una de las vidrieras del cimborio, cuya puerta de hierro se abre sobre el tejado de la iglesia. De los cuatro grupos de columnas de la nave principal salen cuatro sustentáculos de hierro dorado sobre chapiteles sostenidos por capisules de roble también dorado con prolongadas chirimías en las manos. En medio de esta hércules armazón se descubre la cabria, en cuyos cilindros da vueltas la maroma del *vota-fumero*.

El viajero reconoce de una mirada el pensamiento atrevido y gigantesco de poner en movimiento un incensario, en la extensión de doscientos setenta pies: aparte de las solemnes festividades, la imponente maroma explica las proporciones del *vota-fumero* como un zócalo ó un gallardeo revelan una inmensa pagoda ó un navío de tres puentes (3). Si el devoto lector agolpa en su memoria los detalles de la presente descripción, y por una de esas falsificaciones transitorias de

la fantasa, representa en su imaginación las oscilaciones de un incensario de seis pies de altura (4), ó ochenta pies de elevación, recorriendo el espacio de doscientos setenta pies, agitado por seis ó ocho hombres que en sus movimientos acompañados se asemejan á los hombres de un incendio, se anublarán sus ojos, sorprendido por la rugiente caverna de ese colosal brasero, que ya se remonta impetuoso y arrogante, solando por los abiertos hierros de su plateada cúpula, las revueltas llamas que el viento enciende y apaga á la vez, como el reflejo de un incendio en el agua, ya desciende grave y reposado en medio de los oscuros torbellinos de humo que señalan su curso como el copo de hollín de una fragua amortiguada, ora parece en su descenso una campana que se desploma, ora se asemeja en su elevación á una granada de viva y encendida espoleta.

La procesion mitrada sola de la capilla mayor, y acompaña á la cabeza del segundo Santiago engarzada con las alhajas de la reina Doña Urraca y del arzobispo Gelmírez. La multitud se acerca á las rejas de la iglesia para observar al *vota-fumero*, que traspira en revueltos torbellinos de humo, como un lidiador que se inquieta para la lucha, exhuyendo de las concavidades de su pecho el ardoroso aliento de la impaciencia. De pronto sube á la altura de un guardia de la catedral que lo lanza trabajosamente al espacio como un ariete de quebradas fuerzas, y la machedumbre abre instantáneamente un surco en el cual ensaya el incensario sus prolongadas oscilaciones. A medida que estiendo sus movimientos cruzando sobre las cabezas del concurso, los grupos ensanchan la línea de su proyección, y cuando se remonta hacia los rosetones afligridos de la antigua metrópoli, la nave principal es desahogada por la concurrencia, y desde las columnas de las naves laterales sigue con la vista al gigante de granada cabeza, que se entrega á los sacudimientos de sus férreos músculos, haciéndolos recurrir como la armadura de los fibulosos y titánicos paladines de los libros de caballería. Las cabezas se adelantan y retraen á medida que el *vota-fumero* llega y se aleja, y al detenerse la procesion mitrada al lado opuesto de su salida para entonar los cánticos sagrados, su oscilación es rápida, fugaz, instantánea. Barre de un soplo la atmósfera. No se mueve, no oscila, esto es poco, vuela. Y su vuelo, ora rando, ora alivo, es impellido por los movimientos acompasados de los seis ó ocho hombres que sujetan sus manos á los cordones unidos á la maroma. A guisa de corral desbocado se le contiene y refrena, á riesgo de que la excesiva tensión ó la escasa fuerza, estreche contra las bóvedas ó las rejas de la iglesia al inquieto *vota-fumero*.



(Incensario antiguo de la catedral de Santiago.)

Y al través de los torbellinos de humo, de los reflejos de los cirios, de los ecos de los cantores, de las exclamaciones espontáneas de la

(1) El actual incensario fué construido en el año pasado por el bilbaíno artista Lomón. Se compone de una cúpula de una vara y un cuarto, sobre la cual descansa otra segunda cúpula de una cuarta y media, que completa los sesenta pies de altura. Su circunferencia es de tres cuartas menos dos pulgadas. En la faja circular, de la que salen las cadenas que se reúnen sobre la cúpula superior, se han reunido ocho platos, cuatro con couchas doradas á fuego y cuatro con las armas de Santiago. El incensario antiguo, como se reconoce por la presente copia, aunque de diversa hechura porque representaba un torero con rejillas bobandas, á semejanza de los pelicitros moriscos, tenía las mismas dimensiones. El actual incensario es de metal plateado, así como el antiguo era de hierro. Se conserva la tradición de que antiguamente era de plata el *vota-fumero*, trayendo á cuento una remota fundación en la que se habla de *funas á perlas y foles en cabeza*, aludiendo al incensario y á las mitras de las dignidades que salen en las procesiones solemnes.

(1) Archivo del hospital.—Documento de fundación de este establecimiento.

(2) En dialecto gallego es conocida por *A cruz dos ferreiros* (la cruz de los herreros).

(3) En el resto del año, la maroma sostiene una pequeña lámpara, conocida por *la alforfala*, que al caer de las puestas era de plata en otros tiempos, en la que se encendían cuatro velas en los días señalados en la antigua fundación de una de las cruces solariegas de Santiago.

muchedumbre y de las oscilaciones del incensario, el oído recibe añejas armonías que evocan en nuestra imaginación los tiempos primitivos de la Iglesia cristiana. Las chirimías acompañan á los sochantres de la procesión. El filósofo ó el poeta retrocede á la edad média, y asiste á la antigua oración coreada por el pueblo. Las chirimías con-

servan los ecos de la madre que llora y del niño que grita. Sus acordes son onomatopéyicos en relación con el concurso devoto de los fervorosos tiempos del rezo salmódico por la multitud. Las chirimías son á la música de los templos, lo que el *papyrus* para la imprenta, la ojiva para la arquitectura y la vidriera iluminada para la pintura. Levantan



(Vota-fumeiro de la catedral de Santiago.)

del polvo de las edades los albores del Cristianismo. Tienen algo de las justas y torneos, porque se acercan á su ecó las mesnadas fronterizas de moros y cristianos en briosos caballos y cubiertos de brillantes gazaras ó plateados almetes. Entonces el observador explica la trasmisión imperecedera del arte cristiano, hijo del dolor y artífice de la fe, pasando de la chirimía esculpida en el cimborio de 1584, á la chirimía de la procesion mitrada de 1832, sin echar de ver los escombros de cinco siglos que las edades apilaron entre la cornisa del siglo XIV y el mástil del siglo XIX. El *vota-fumeiro* de nuestros días representa á la sazón el *tributum* de la catacumba ó del claustro monástico.

Desaparece la procesion por segunda vez en las naves laterales, y el *vota-fumeiro* decae en sus movimientos, desfallere en sus oscilaciones: cualquiera diria que descansa de su infatigable carrera. Al comenzar el villancico de la *Soledad*, el mismo guardia que lo habia lanzado al espacio, detiene sus últimos pasos sobre la reja, como un domador vuelve á su jaula una fiera postrada por la lucha. Cuando el órgano responde con sus átonas armonías á los cánticos melancólicos de la procesion, que recuerdan la conmemoracion funeral, el *vota-fumeiro*, segun representa la lámina que acompaña á este artículo, es conducido entre dos guardias á la sala capitular, donde se muestra á los forasteros, encerrado en una caja de madera.

Terminaremos la presente descripcion de esta antigualla religiosa, digna de ser estimada como una invencion de proporciones extraordinarias, sin que alcanzase ser imitada dentro y fuera de España (1), al decir de los anticuarios y eruditos, con la siguiente relacion de los dias en que el *vota-fumeiro* recorre las naves de la catedral de Santiago (2). Dia 3 de enero, festividad de los Santos Reyes, Purificacion de Nuestra Señora, Anunciacion de Nuestra Señora, Dominica de Resurreccion, S. Felipe y Santiago, Ascension de Nuestro Señor Jesucristo, Aparicion de Santiago, Dedicacion de la catedral, Dominica de Pentecostés, Natividad de S. Juan Bautista, S. Pedro y S. Pablo, Santísima Trinidad, el Apostol Santiago, la mañana de su octava, Asuncion de

Nuestra Señora, Natividad de Nuestra Señora, Festividad de Todos los Santos, Purísima Concepcion, Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, Traslacion del cuerpo del Apostol Santiago.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 15 de abril, 1832.

EL ALMIRANTE D. FADRIQUE.

D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, fué un caballero prudente, cristiano, instruido, versado en diversos idiomas y ciencias, aficionadísimo á la poesia, y muy popular, por lo que diremos después.

Se hizo notable en su tiempo por las cualidades que acabamos de referir y por las obras de caridad que no cesó de ejercer, y célebre cuando fueron conocidas las preguntas en verso que dirigió á otro ingenio amigo suyo, quien las contestó todas, en la propia forma y del modo mas satisfactorio, ocultando su nombre y titulándose solo *frate menor*. Con efecto, parece que lo era de uno de los conventos de Valladolid, y lo que se sabe de cierto es que se hallaba tullido, casi siempre en cama, y padeciendo constantemente de gota y de mal de piedra; cuyas graves dolencias no le impedían, sin embargo, como él lo asegura y lo atestiguan sus curiosos trabajos, de satisfacer con prontitud y con un acierto y erudicion pasmosos, las dudas que sobre la Sagrada Escritura y materias teológicas, naturales y morales, le proponia de continuo el almirante D. Fadrique, en descifrar multitud de enigmas ó ebrahas que no cesaba de mandarle el mismo señor, y aun de componer y de dedicar á este nada menos que quinientos consejos ó proverbios, los cuales y las citadas preguntas y respuestas se imprimieron, con las licencias necesarias, en 1543, por Francisco de Alfaro, vecino de la entonces villa de Valladolid, en un grueso volumen en folio, siendo muy raros los ejemplares que se conservan de esta obra, de la cual poseemos nosotros uno, que no hemos querido ceder por ningun precio á un extranjero que le codiciaba.

El D. Fadrique Enriquez hizo proposiciones de transaccion, en nombre de los regentes, al jefe de los comuneros Juan de Padilla, y desechadas que fueron, y cuando el conde de Haro se dirigia con sus tropas á castigar á los valisoletanos por haber suministrado á aquel dos mil infantes, doscientos caballos y dos pasavolantes, victoriosa y enorgullecido por la memorable batalla que el 25 de abril de 1521 ganó en los campos de Villalar, salió á recibirle el almirante, y por su poderoso in-

(1) En la obra ilustrada, publicada en Paris con el título de *Le moyen-áge et la renaissance*, se ha copiado únicamente un grande incensario de plata, perteneciente al siglo XIV, en la proporcion de dos terceras partes de su fabrica. Representa una óvala gótica con un pequeño cimborio de seis lados, y sobre las ventanas del cuerpo principal descansa un encasamiento almocedado, realizado por fusteones que acercan los respiraderos del incensario. A juzgar por las escenas que presenta, era un incensario de mano, á semejanza de otro de color, copiado en la misma lámina y esculpido segun el gusto de la arquitectura gótica.

(2) En cada Año-Santo que tiene lugar, cuando el día del apostol Santiago cae en domingo, los días 1.º de enero y 31 de diciembre se usa el incensario mayor en solemnidad de la ceremonia religiosa de abrir y cerrar la Puerta-Santa del jubileo comunitario.

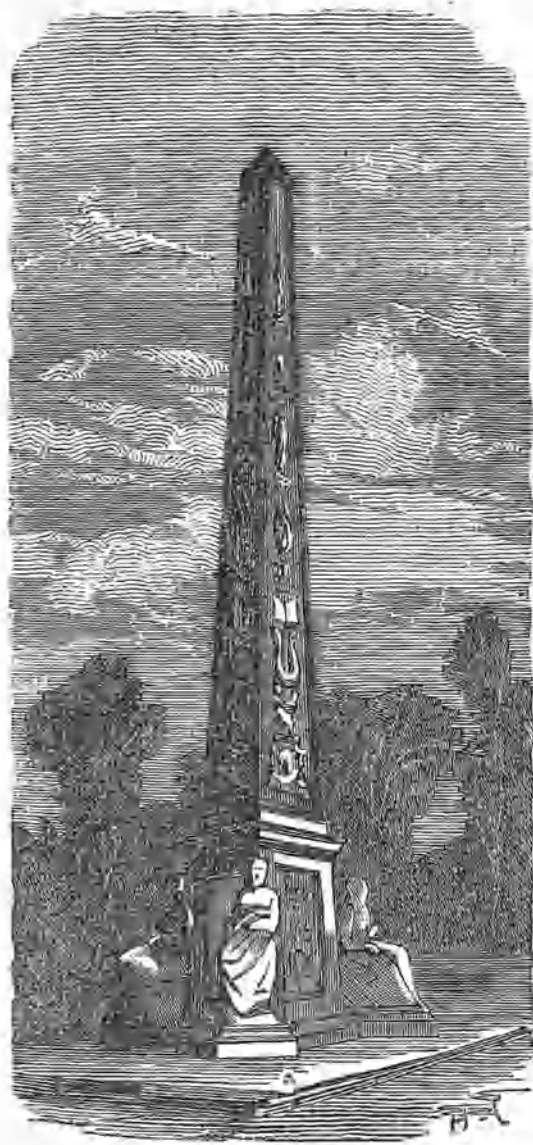
Fujo se logró un completo perdón, que ratificó al año siguiente el emperador, y al cual aludía una lápida negra que los de Valladolid colocaron sobre la puerta de su casa de la plazuela de las Angustias, con el letrero que sigue:

Viva el rey con tal victoria,
Esta casa y su vecino;
Queda en ella por memoria
La fama, renombre y gloria
Que por él á España vino.

Año MDXXII (1).

El almirante D. Fadrique, segundo de este nombre, falleció en su villa de Riosco el 9 de enero de 1558, y fué enterrado, sin pompa ni ostentación, según lo dispuso, á los piés de las sepulturas de la católica señora Doña Ana de Cabrera, duquesa de Medina y condesa de Módena, y de la condesa de Matagorda su hermana, en la iglesia del ex-convento de San Francisco de la propia villa, cuyos dos costosos edificios se habían construido á sus espensas.

BENIGNO SALOMON.



ESPALISCO DEL MONUMENTO DE ENRIQUE DE LORQUEVILLE.

Este monumento, trasladado al meso del Louvre, es obra de Francisco Arquere. Fué elevado en memoria de Enrique I, duque de Lorena, que había mandado con distinción los ejércitos de Enrique IV, y que murió el 19 de abril de 1588.

UNA CITA EN EL ALBAICIN.

CUADRO DE COSTUMBRES.

(Conclusión.)

II.

Son las ocho y media de la noche de un día de setiembre del año no sé cuántos; mas clara, media hora después de haber dejado en su casa á la aparecida en el Zacalín, Me parece que no empiezo mal, al menos no dirán mis lectores que no soy activo, ni que no me gusta aprovechar el tiempo. Vaya por el que se pierde (esto no lleva malicia) en novelas donde la acción del segundo capítulo pasa diez años después que en el primero, veinte después en la segunda y última parte, y otros treinta en el epílogo ó *ritornelo* ó *lucero* que cierra el acompañamiento, y que el mismo autor llama *Treinta años después*, y que según mis cuentas debe pasar entre los taranietos de los que vivían en el primer capítulo.

Como en el mundo todo está compensado, como para uno que tiene el oficio de verdugo hay media docena que tienen la desgracia de hacer el papel de víctimas; para uno que ríe y es feliz, hay ciento que rabian y se desesperan; para un hombre de talento hay mil necios que de veras lo son, y otros mil que lo son aunque no lo parecen; para uno que es rey, príncipe ó emperador, hay muchos miles de hombres que se contentarían con tener los días de fiesta, lo que de continuo sobra al perrito ó gato predilecto del susodicho rey, príncipe ó emperador; como para uno bajo hay otro alto, para una blanca otra morena; así también para novelas en que de un tomo á otro pasan años, hay otras en que de un capítulo á otro no pasan horas. Y hé aquí, en fin, esa unidad en la variedad, símbolo de la verdadera belleza.

Alto al instante otro párrafo, porque burla burlando no sé dónde iría á parar.

Como decía antes de tan desgraciadas digresiones, hacia media hora que había entrado en su casa del Albaicín la desconocida de la cita. Al presente, y no me pregunten VV. cómo lo sé, hallábase en conversación animada con un personaje que es preciso presentar al lector, igualmente que el sitio de la conferencia. Empezando por lo último, aunque tal vez no debía ser así, diré que era un cuarto como de quince piés en cuadro, sin duda alguna la sala de la casa. Enfrente de la puerta de entrada había una mesa de pino pintado, imitando á caoba, cubierta con un tapete de algodón blanco. Encima varias cosas que describiré por su orden, pues soy enemigo de todo hurullo, y me gusta el orden en todo y para todo.

En medio se veía un Niño Jesus como de media vara de alto, teniendo en la una mano el mundo fajado y con una cruzcita en la parte superior, y colgando del otro brazo, pues la mano estaba rota, un rosario negro y un escapulario. Tenía también roto el cráneo, y de él brotaba, á modo de jarrón, un ramo de flores de trapo, bastante ajadas y descoloridas. Á la izquierda del Niño una caja que parecía haber servido en otro tiempo para dulces, y á la derecha un gran tintero sin tinta, blanco, moteado de azul, gordo y rechoncho, y que parecía el brocal de un pozo, del que salía una pluma que debió ser blanca en otros tiempos cuando Dios quería, aunque yo parecía suspendido por una porción de motitas negras que no sé qué serían, pero que de líquido no eran de tinta. Al frente de esta línea y á manera de oficial ante su compañía, se divisaba un gran jarro de barro de Anójar, tapado con un tomo de *Marta* ó *la hija de un jornalero*, y que debía ser el del vino. Encima de la cabeza rota del Niño, clavado en la pared, había una estampá de San Antonio, con marcos; á la derecha otra del hijo prodigo, y á la izquierda un Santo Rostro, pagado con obleas. Á un lado un balcón cerrado, y delante mas macetas de albahaca y manojitos. Frente al balcón una puerta sin puerta, adornada con unos flecos como los de la mesa, blancos, de algodón, y que daba paso á la alcoba que se perdía entre las sombras. Ya se me olvidaba: un gran velón de cuatro mecheros, pero que solo alumbraba con una que había junto al jarro tapado, y sin el cual iba á dejar á oscuras á mis lectores, siendo en este caso uno de los objetos mas importantes. Y obsérvese que en la sala del mundo suele acontecer una cosa parecida, con algunos entos despreciables y sin ningún valor real, pero que la combinación de los sucesos les dan una importancia pasmosa, y llegan á hacerse hasta necesarios, como se hace necesaria en toda casa regular una pieza destinada para colgar, y aun otra ó otras para usos no menos imprescindibles y ejecutivos.

Volviendo á lo primero, esto es, al personaje con quien conversaba la susodicha (pues aun no sabemos su nombre de pila), diré que era un hombre como de treinta años, estatura regular, moreno, patillas negras, y componía su vestimenta un sombrero cejaños echado sobre

(1) Tal vez se le atribuya á Juan Rodríguez de Toledo, que fué el autor de la obra y primer ministro de Felipe II.

los ojos, una blusa de verano ribeteada por el pecho, pero que dejaba ver un pañuelo atado al cuello y cogido con una sortija, y unos pantalones blancos sujetos por una faja encarnada. A primera vista parecía un mayoral de diligencias, como era en efecto.

Este se hallaba sentado en una silla alta echada sobre la pared y sostenida por los dos pies de atrás, y su mujer, que sin duda era la que allí estaba, junto á él en una silla baja y mirándole con cariño.

—¿Y al fin sales tú con el coche del lunes? dijo después de un breve silencio la desconocida.

—Sí, porque Agustín, que debió haber venido ayer, se ha quedado malo en Bailén, y no hay mas remedio, contestó el mayoral.

—¿Sabes, Manolo, replicó la mujer, que me ha sucedido un suceso muy salaz?

—¿Magdalena, que ha sido? preguntó el mayoral algo sobresaltado, porque han de saber mis lectores que era celosillo el tal Manolo.

—Casi nada.

—Cuenta, cuenta.

—Si vieras el paquete que se ha empeñado en venir conmigo hasta casa.

—Sería uno que vi bajar cuando subía la cuesta á San Gregorio... pantalón blanco... de mi altura... un ceñorito.

—El mismo, Manolo. Querrás creer que me ha venido fastidiando desde el principio á el Zacatín, casi desde Bibarranbla?

—De veras? repuso Manolo, ya algo amostazado con estos descubrimientos.

—Caballito.

—¿No te dijiste que era casada?

—No una, sino cien veces.

—Y con tóo eso...

—Como si no hubiera dicho nada. Aun me parece haberle oído decir que se alegraba de ello.

—Qué dices?

—Lo dicho.

—Y tú?...

—Le dije que mañana á esta hora volviese por aquí.

—Magdalena! exclamó el mayoral con voz de ira y arrugando sobriamente el entrecejo.

Magdalena también se puso en pie, y con muestras de gran confianza y con una tranquilidad que hacía resaltar mas la incomodidad de su marido, le dijo sonriendo maliciosamente:

—Y lo sabrás todo; deja veo si la muchacha acabó de freir las papas con huevos que hemos de cenar; y salió de la sala.

—Cómo todo! exclamó su Manolo. Pues no faltaba mas... yo le ofrezco á ese señó paquete que si le cojo se ha de acordar de mí... habrá atrevido... como lo llegue á pillar!...

A este tiempo entró Magdalena, y haciendo un movimiento de cabeza, exclamó:

—Ea, Manolo, ya está la cena. Mientras acabamos te contaré el fin de la aventura.

—Sí, vamos, repuso el marido, á quien ya aguijoneaba la curiosidad.

Tomó el velón y el jarro, y se perdieron de vista torciendo hácia la izquierda, donde había otro cuartito.

Con esto me voy en la imposibilidad de contar aquí lo que entre los dos sucedería; pero si el lector tiene paciencia para llegar al fin de mi relato, le ofrezco no ha de quedarse á oscuras, como quedó la sala del Niño Dios descalabrado y la mesa pintada del tapeto de algodón.

III.

Habían pasado veinticuatro horas desde mi encuentro con Magdalena en el Zacatín. Las ocho acababan de dar en el reloj de la catedral, y otros varios, como éos suyos, repetían las ocho por diversos puntos de la población. La subida al Albacín se me figuraba mas penosa que el día anterior, y era natural, pues entonces no me hacía parar minutos en ella, lo que me hacía parar y mucho los ojos en el garbo y gracia de la aparecida incógnita; y ahora además el deseo de llegar á la cita me hacía creer los momentos cuartos de hora; pues dicen que el que espera desespera, y yo esperaba tener un buen rato. Así no es extraño que la distancia se me hiciese mas larga y la subida mas ágría y trabajosa. Pero todo tiene término en el mundo, y también lo tuvo mi viaje. Llegué, llamé, me abrieron, y á poco nos halláramos Magdalena y yo sentados uno frente á otro en la misma sala donde el día anterior había tenido efecto la conversación que aquella sostuviera con el mayoral Manolo, y que ya conocen mis lectores.

—Ya ve V., amigo, que he sido puntual, exclamé dejando el sombrero sobre la mesa pintada.

—Si señó. Há poco han do las ocho en la catedral, y ya, ¿oye usted? está tocando la campana á la Yele (1).

—Jamás, continué yo, dejo de asistir cuando se lo ofrezco á una jóven tan linda y graciosa como V.

—Gracias, cabayero.

—¿Y no podría saber cuál es el nombre de V.?

—Si señó, ¿por qué no? No es muy bonito, pero no tengo por qué ocultarle. Me llamo Magdalena.

—¿Magdalena! Me gusta mucho este nombre. Sin saber por qué, me se figura que quien se llamé Magdalena ha de tener alma noble y buen corazón. Y la prueba está en V. misma. Sin saber que se llamaba así, desde que la ví escité mis simpatías.

Magdalena calló, bajó los ojos sonriendo levemente, y se puso á hacer y deshacer maquinalmente nudos en las puntas de un pañuelo de seda que tenía en las manos.

Hubo un momento de silencio, y de nuevo le rompí preguntándole:

—¿Y de qué pueblo es V.?

—De Granada.

—¿Del mismo Granada?

—Si señó. Nací junto á la Puerta Real, y allí viví con mi madre hasta que me casé.

—¿Y desde entonces la dejó V. sola?

—No señó. Tengo otra hermanita que vive con mi madre. Mi padre murió junto al Viso viniendo de Madrid. Era arriero, y le salieron unos ladrones. El, con otros arrieros que venían juntos, trataron de defenderse, y le dieron un tiro que le atravesó el vientre. Los robaron el dinero y las caballerías que traían, y los dejaron abandonados y casi en cueros. Con muchos trabajos llegó á Granada, y á los tres días murió.

Y se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar algunas lágrimas que caían de sus párpados.

—Vamos, Magdalena, exclamé acercando un poco mi silla á la suya; ya no tiene remedio. Es una deuda que todos tenemos que pagar mas tarde ó mas temprano.

—A veces si una no se echara esa cuenta... pero no háy mas que tener paciencia.

—¿Tiene algun oficio su marido de V.?

—Es mayoral de diligencias.

—¿Y no tiene V. ningún niño?

—No señó. Tuve una niña, y se me murió del sarampión. Pero mucho deseo tener algun otro que me acompañe cuando mi Manolo está fuera.

—¿Son tan incómodos de pequeños!

—¿Si usted supiera lo que vale un hijo para una madre! Aunque una tenga que ponerse á pedir en la puerta de una iglesia, está contenta si ve dormido á su hijo sobre la baldá y tiene un pedazo de pan que darle cuando se despierte y se lo pida. Así que no pido á Dios mas, pues á Dios gracias no me hace falta nada para pasar, que un niño ó una niña. ¿Y usted será forastero?

—Sí, hace unos días he venido de Madrid.

—¿Se va usted pronto?

—No, pienso estar una temporada larga.

Esto no era verdad, pues dentro de ocho ó quince días que tardaría en ver sus monumentos y cosas notables, dejaría la célebre ciudad de Bobadilla. ¿Pero cómo se ha de decir á una persona cuyo afecto se desea uno granjear, que dentro de poco trata de abandonarla y tal vez para siempre? Sería destruir con una mano lo que se levanta con la otra.

—Por esto, continué yo, espero tener el gusto de verle á menudo, y lo que deseo es que V. sea franca y confiada conmigo, pues ahora y siempre debe contar con mi sincera amistad.

—¿Pero cómo he de creer que un señorito como V. quiera ser amigo de un pobre como yo, y que además no puede tener mas amigos que su marido?

—Me parece que en el hecho de dirigirme á V. sin que nadie me obligara á ello, demostré que tengo gusto en ser su amigo. Topante al marido, no tenga V. cuidado. En esto no hay ninguna maldad, pues según su esposo de V. tendrá sus amigos, V. también puede tener sus amigos sin faltar por eso á la fidelidad conyugal. Además que su marido no necesita saberlo.

—Porque ya lo está! exclamó el mayoral saliendo dá improviso de la alcoba.

Salté de la silla, y sacando un estoque que llevaba, me preparé á defenderme.

—Traidor! exclamé lanzando una mirada de despecho á Magdalena. ¿Qué quiere V? continué dirigiéndome al marido.

(1) Como desde los tiempos de Granada no se oyó el reloj de la catedral, hay en una de las torres de la Alhambra, llamada de la Yele, una campana que desde el toque de ánimas hasta el amanecer, da ciertas determinadas campanadas para la distribución de los riegos en la Vega.

—Poca cosa; y sin saber cómo, sentí su mano de hierro que me sujetaba el brazo con que empuñaba el estoque.

—Manolo! exclamó Magdalena.

—Magdalena, vete de aquí; dijo esto.

Aquella salió, y quedamos frente á frente el mayoral y yo.

—Suelta V. ese bastón.

—No quiero.

Y con la izquierda, en donde conservaba la otra mitad, le tiré un golpe á la cara.

—¡Por Cristo! exclamó parando el golpe con la otra mano, y sacando en seguida una navaja.

—Si no tira V. pronto ese pincho, continuó, le he de abrir en canal.

Viéndome perdido tiré el estoque al suelo, que aquel recogió en el momento, y le dije con desden:

—En resumidas cuentas, V. qué quiere?

—¿Cuánto dinero trae usted?

—Ya comprendo todo esto, dije rabiaudo de ira al verme víctima de un lazo para robarme. Saqué el dinero que llevaba y dije:

—Ya vé V., seis napoleones y unas pesetas.

—Deme usted cinco y quédese con lo restante, que de sobra tiene para cenar esta noche.

Se los di, y exclamé enseñándole el reloj:

—Ya vé V. mi reloj. Pero le ruego me le deje, pues le aprecio mas que si valiera al doble.

—Guárdese el reloj, que nadie se lo ha podido, prorumpió el mayoral con muestras de disgusto. Ahora coja el sombrero, repuso, y véngase conmigo.

—¿Adónde quiere V. que vayamos?

—Aquí cerca.

Cogí el sombrero, y ya salía por la puerta de la sala, cuando aquel me dijo:

—Que se deje usted el bastón.

—Me es igual, contesté secamente.

—No señor, dijo aquel; y cogiéndole del suelo me le entregó. Ahora sígame usted.

—Vamos donde V. quiera.

Y salimos de la casa, no sin murmurar yo entre dientes, maldita sea la hora en que vi á esa pícaro muger y en que tuve el capricho de acudir de noche á una cita en el Alhacín.

IV.

Apenas salimos de la casa de Magdalena,

—Por aquí abajo, repuso Manolo.

—Hable V. claramente y pronto, respondí parándome en medio de la calle. ¿Adónde quiere V. que vayamos, y para qué? Lo que se le ofrezca puede decirme aquí mismo.

—Aquí no, contestó el mayoral. Y si no tiene V. miedo, sígame y calle.

—Nunca he temido á ningun hombre, respondí con acento de cólera, y comencé á andar bastante de prisa.

Bajamos la cuesta de San Gregorio y calle Calderería sin hallarnos á alma viviente. Al llegar á la de Elvira, oímos un largo silbido, señal de alerta entre los serenos de Granada, y á poco un prolongado «Ave María Purísima... las nueve en punto y no blado». Entramos en la calle Elvira, y ya por allí transitaban algunas personas, por lo cual, y al ver que nos dirigíamos hácia la plaza Nueva, no pude menos de decir:

—¿Por qué no vamos á la plaza del Triunfo? Allí estaremos mas solos, y puede V....

—Mejor vamos por aquí, dijo sin dejarme acabar.

Callé y seguí adelante.

Ya se divisaba la plaza, cuando al llegar al refugio de mugeres y casa de caridad, dijo Manolo parándose en el umbral.

—Entre usted conmigo.

Es de advertir que en el zaguan de este asilo hay un pequeño retablo, siempre alumbrado, merced á la gran veneracion en que está por sus muchísimos devotos, y que casi siempre se halla alguno de rodillas ante su sagrada imagen. En aquella ocasion no había nadie, por lo que pudo Manolo hablarme con mas libertad.

Mi asombro crecía por momentos y llegó á su culmo cuando enseñándome los cinco napoleones que yo le había dado poco antes, dijo echándose en un cepillo de limosnas que allí se encontraba:

—¿Ve usted para lo que le quería? Para que haga usted una obra de caridad.

Quedé absorto y no sé qué palabras articulé, pero el otro continuó:

—Ahora rosemos una sarta á la Virgen, yo para darle á Dios gracias en tener una muger tan buena, y usted para que le preservé de desear la mujer del prójimo, como nos manda el catecismo.

Rezamos una salve y salimos de allí, á cuyo tiempo entraba una mu-

ger muy tapada y que no me pareció de la clase ni edad de las santurronas, le que confirmaba el modo y hora en que iba, cuando tan poca gente podía presenciar sus oraciones.

No bien estuvimos en la calle cuando por un movimiento espontáneo de mi alma exclamé:

—Perdone V., Manolo; le he ofendido con mi conducta y mis palabras, y hasta con mi pensamiento.

—Qué dice usted?

—Si... llegué á tener á V. por un ladrón y á Magdalena por...

—Por la mugé mas buena que hay en el mundo, exclamó con satisfacción el mayoral.

—Pero no me explicaria V.

—Si señor... es muy fácil. Ayer noche, á poco de haber V. dejado á mi Magdalena, llegué á casa y todo me lo contó.

—Entonces esta venganza noble y virtuosa, es...

—Tó es de ella. Mira, Manolo, me dijo, mira lo que vamos á hacer para enseñar á este ceñorito; que también entre los probes hay gente honrada... Después... yo al pronto me incomodé... pero... luego determiné... que...

—Lo que he visto.

—Cabal.

—Tiene V. un ángel por muger.

—Si señor, un ángel.

—Quiero ir, repliqué con decision, á dar gracias á Magdalena por la lección que acaba de darme.

—No, ceñorito. Está muy lejos, y es tardejillo. Mañana es otro día... y puede su mercé ir á mi casa cuando guste, como á la suya.

—Gracias, Manolo. Hasta mañana, y cuenta V. siempre conmigo en cuanto se le ofrezca y pueda servido.

—Muchas gracias, ceñorito, contestó Manolo dándome unas palmaditas en el hombro izquierdo.

—Pues hasta mañana.

—Buenas noches, y hasta cuando su mercé quiera.

Eché á andar, y volví la cabeza para contestarle:—Gracias, Manolo.

Este se dirigió hácia su casa, y yo hácia el Campillo, donde tenía la mia en la fonda de Vigarai.

CONCLUSIONES.

Al día siguiente fui, como le había ofrecido, á dar las gracias á Magdalena. Esta y su marido me recibieron con suma satisfacción.

Casualmente iban á almorzar, y se empuñaron en que los acompañara; pues yo no había hecho aun sino tomar el chocolate. Acreditado porque no lo tomaran á desprecio, y luego me alegré mucho de ello. El almuerzo consistió en unas magras con tomate del rico jamón de las Alpujarras, un gran plato de sabrosos boquerones, negro vino puro de Valdepeñas, y unas doradas ovas de Jaén.

Mucho pudiera decir á mis lectores acerca de lo que pasó por mi mente durante el almuerzo. Grande placer tengo cuando recuerdo aquella consabida sala, donde alrededor de una mesita baja, lejos del bullicio y falsedades de la alta sociedad, y entre dos pobres pero honrados artesanos, me sirvieron tan frugal y delicioso almuerzo. Am me acuerdo del contento y risa, principalmente de Magdalena, al oírme recitar de sobre mesa las fáciles redondillas de la sabida y chistosísima *Cena jocosa* de Baltasar del Alcázar. Desde entonces y casi siempre que iba á su casa, me saludaba Magdalena con aquellos versos:

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto:
las tazas del vino á punto,
falta comenzar la fiesta.

lo que solia arrancarme un «gracias, hermosa Magdalena», que muchas veces oía su marido, acabando por preguntarme con el acento mas gracioso y hechicero, si el portugués seguía enfermo.

En fin, pues sino tenía mucho que contar, baste con decir que mientras estuve en Granada, casi todos los días veía á Manolo ó Magdalena, pues cuando pasaban por el Campillo, rara vez lo hacían sin subir á mi habitación. Al despedirme para Madrid, confeso que tuve un verdadero sentimiento en separarme de aquel feliz matrimonio, y especialmente de Magdalena, que segun mis pronósticos había salido la criatura mas discreta y bella, y la mas honrada esposa que se puede imaginar, retractándose gustoso ante mí mismo de la maldición que había echado sobre las citas del Alhacín.

Antes de despedirme de mis lectores, quiero tambien decirles dos palabras que acaso no vendrán á pelo, pero que nunca estarán de sobra.

Lejos de mí al escribir este cuento la idea de hacer unas memorias tan insulsas como casi todas las memorias, ó unos estudios morales

tan pobres y faltos de ingenio como los muchos que se ven por ahí sacar á la vergüenza, lejos de mí el empeño de hacer una novela donde demostrar mi corto saber, la feliz ó infeliz disposición de mi alma para escritos filosóficos, y el poco ó mucho talento que Dios se dignó concederme al echarme á este mundo. Nada de eso: mi objeto no ha sido otro que presentar un bósquejo, una accion loable y de la que se puede sacar alguna enseñanza, y principalmente el de entretener algun momento de ocio y de llenar el tiempo que me sobra después de visitar la Alhambra y el Generalife, la catedral y los magníficos sepulcros de los Reyes Católicos, la piadosa fundación del gran capitán, y la famosa cartuja donde los humildes hijos de S. Bruno pasaban su vida en el mayor ascetismo y recogimiento, comiendo ricas frutas y sabrosos manjares, y habitando moradas de mármoles de las célebres canteras de Granada, y separados de los profanos por puertas embutidas de ébano, caoba, coucha, nácar, máfil y plata.

Mi objeto al tomar la pluma para trazar estos renglones, no fué otro que entretener algunas horas, pues con un célebre poeta,

Yo con pasar mi tiempo me contento.

Mucho siento no poder ofrecer á mis lectores párrafos del género de los que brotaba la inolvidable pluma de Figaro, y de los que para regocijo de sus aficionados salen aun de tarde en tarde, bajo las firmas del ingenioso y dulce Fernán Caballero, y del no menos filosófico y profundo Miguel de los Santos Alvarez. Pero qué se ha de hacer, en la naturaleza cada cosa engendra su semejante, y así ¿qué otra cosa puede salir del pobre ingenio mio sino un fruto insustancial, agrio y áspero, como manzana arrancada del árbol antes de haber llegado á su madurez? Con el tiempo maduran las uvas, y con el tiempo madurará mi entendimiento, y entonces podré, ¡oh público ilustrado! ofrecerle algun tributo de su cosecha, que á tí le sirva de provecho y entretenimiento, y para mí sea de placer y vanagloria.

Y con esto y hasta que el tal día empiece á lucir, salud y Dios te guarde.

FRANCISCO VILA.

Granada, setiembre de 1852.

RECUERDOS DE LA GRANJA.

Para ver correr las fuentes
se va Madrid á la Granja;
que las suyas son juiciosas
y se están siempre paradas.

Solo á puras norias corren,
solo á puras bombas andan,
y todas piden Lozoya
eual los niños teta y mama.

Tambien de Segovia llega,
ciudad de Maricastaña,
todo el lujo y la hermosura
columpiándose en tartanas.

Sobre graves castellanos
de orejas y cuatro palas
encarnadas y amarillas
van llegando *trasipardas*.

Son sos piés de perdigon,
sus manecitas manazas,
y su cuerpo es aleachofa
en llevar faldas y faldas.

¡Cómo adorna aquella tarde
el palacio su fachada
con esfinjes y sirenas,
mascarones y tarascas!

Y ¡cuál lleno de alborozo
ve cruzar entre las ramas
lo postrero de cien cofres
que San Luis al aire saca!

Da principio el dios *Eolo*
cuando un hombre se lo manda,
y le mojan á soplidos
de sus súbditos las caras.

Y en tanto que toma un baño
por probar la *hidroterapia*,
una fuente en escaleras
hácia sí la gente llama.

Con *Fertumno* habla *Pomona*
y habla Duero con Adaja,
y de gusto á todos cuatro
se les van allí las aguas.

La *Carrera de caballos*
hacia abrir bocas tamañas,
que en Madrid no son tan buenas
ni tampoco tan baratas.

Que allí corren entre polvo
los *jockeis* de carne humana,
y aquí entre agua las mercedas
con Neptuno, Apolo y Pálas.

Don *Perseo* da mandobles
y furiosas cuchilladas
á un horrible culebron
que se come una muchacha.

Hoy *Perseos* habrá pocos,
pero *Andrómedas* no faltan
que permiten que las traquen
cuando el monstruo tiene plata.

Sigue luego el *Canastillo*
hijo pródigo del agua,
regadera de los toentos,
protector de quitamanchas.

¡Cuál refresca los amores
y recién peladas pavas,
y cuál hace alzar el grito
al que ve y al que se baña!

Van después las *Ocho calles*
con sus dioses en estatuas
(en Madrid, Puerta del Sol
las de zánganos no fallan).

Ven, *Latona* hácia la corte
con tus hijos y tus ranas
á ayudar al pobre *Berro*
y á la humilde *Mariblanca*.

Ven, en tanto que Lozoya
se despidе de Jarama,
dirigiéndose á nosotros
con sus truchas y sus algas.

Ateon desde su gruta
ve bañándose á *Diana*,
y aunque pasan muchos años
no se cansa de mirarla.

Ella haciendo que no ve
vuelve al mocito la espalda;
que el no ver lo que no quieren
es de feas y de guapas.

Quiere alzar la fama luego
á las nubes mil hazañas,
y como hay pocas ahora
echa solo un chorro de agua.

Con la fama acaba todo,
y si yo tuviera fama,
mas de cuatro aquí dijieran:
«¡qué talento el de Tejada!»

José GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.